Los siguientes textos fueron leídos por sus autores durante la presentación del libro, celebrada el 28 de abril de 2004 en el Auditorio Raúl Baillères Jr., ITAM.

Raúl Figueroa Esquer y Agustín Sánchez, (coordinadores), *México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios nacionales*, Morelia-México, 2003, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto Tecnológico Autónomo de México, División Académica de Estudios Generales y Estudios Internacionales, 309 p.

Hasta hace unos pocos años, las relaciones entre México y España en el siglo XIX eran muy poco estudiadas. La presentación de este libro coordinado por Raúl Figueroa Esquer y Agustín Sánchez es una prueba de que esta situación ha cambiado. Por muchos años, sólo los estudios de Harold Sims y Flores Caballero sobre la expulsión de los españoles a finales de la década de los años veinte, habían abordado un aspecto de la compleja relación entre mexicanos y españoles en esta época.

Por razones de método, el Dr. Figueroa me invitó a participar en esta presentación, centrando mi exposición en los artículos de Marco Antonio Landavazo, “La imagen del rey español y la política mexicana, 1810-1833” y del Dr. Miguel Soto, “Imágenes y estereotipos durante la expulsión de los españoles en México.” Acepté con todo gusto la invitación de mi amigo y colega, pero le advertí que yo nunca he sido muy bueno para el análisis de los imaginarios, quizás por mi deformación en el estudio de la instituciones políticas.

Octavio Paz en un famoso artículo decía que México es el más indígena de los países hispanoamericanos, pero al mismo tiempo también es el más español. Es muy posible que de esta dualidad surgieran actitudes e imaginarios contradictorios hacia España y los españoles. Lo cierto es que entre 1808 y 1833 se dan una serie de acontecimientos nada favorables a las buenas

relaciones entre mexicanos y españoles: el golpe de estado a Iturrigaray de Yermo, una devastadora guerra de Independencia, con un gobierno español que controlaba militarmente a la Nueva España, a excepción de espacios muy cortos de tiempo, en que estuvo vigente la Constitución de Cádiz. Después del movimiento de Iturbide, la presencia por cuatro años de los españoles en San Juan de Ulúa, los ataques a Veracruz, el estado de guerra en el Golfo de México y el intento de reconquista de 1829 de Barradas, como muy bien lo señala el Dr. Miguel Soto en su artículo, provocaron un estado de tensión entre los dos países, y una situación poco favorable a los españoles residentes en México.

La expulsión de españoles, decretada parcialmente en diciembre de 1827 y en su totalidad en marzo de 1829 fue una consecuencia lógica del creciente antiespañolismo que se fue generando en nuestro país desde el año de 1808 y que a pesar del intento del Plan de Iguala de neutralizarlo, esto no fue posible, no obstante la fuerza que en el imaginario colectivo tenía todavía la figura de Fernando VII, como el Dr. Landavazo afirma en su trabajo.

Los estudiosos de la cultura novohispana, incluso han encontrado raíces muy antiguas a este conflicto. El maestro Jorge Alberto Manrique, en su escrito sobre el criollismo novohispano, presenta un soneto anónimo, que recogió en 1604 Baltazar Dorantes de Carranza, por demás ilustrativo:

Viene de España por la mar salobre
A nuestro mexicano domicilio
Un hombre tosco, sin ningún auxilio,
De salud falto y de dinero pobre

Y luego que caudal y ánimo cobre
Le aplican en su bárbaro concilio
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y roble

Y el otro, que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar;

Y abomina después del lugar donde
Adquirió estimación, gusto y haberes
¡Y tiraba la jábega en San Lúcar!

Esta confrontación entre criollos y españoles debió de haber sido una historia de larga duración, que sin duda hizo crisis en las primeras décadas del siglo XIX.

José Mariano Beristáin de Souza, una vez que estalló la revolución de 1810, fue uno de los escritores más adversos al movimiento de Hidalgo. Este criollo escribió, a finales de 1810 y principios de 1811, quince diálogos para defender con pasión la postura del gobierno español y condenar el movimiento de Dolores. El diálogo cinco me parece muy interesante porque tiene una simetría asombrosa con el poema de Baltazar Dorantes, pero a la inversa. Ahora habla el español, a través del criollo españolizado y defiende la forma de actuar del venido a México que logra una posición por su trabajo.

Beristáin habla de una 'rivalidad maldita' entre criollos y gachupines. Está, por lo tanto, en contra de estos apelativos. El gachupín es el español europeo y el criollo es el español americano. Lo importante es que ambos son españoles. No hay diferencias entre ellos. El diálogo enseguida pasa a otra idea importante: los americanos heredaron sus posesiones y negocios de los españoles europeos. El propósito es contrastar la laboriosidad de los españoles frente a la pereza de los criollos.

[el americano] luego se cansa de cultivar sus tierras y mantenerlas; y lo que quiere es venir a México a vivir como un Señor, y vende sus bienes raíces, y consume luego su importe, como sólo Dios sabe; y viene a dar en la miseria o en la medianía, ¿qué culpa tienen los Europeos? ¿Y de quién sino de sí mismos, deben quejarse los Americanos?

El criollo sigue el camino contrario del español venido a México. De la opulencia, por su indolencia llega a la miseria, mientras que el español de la miseria, por su trabajo llega a la opulencia. Y el diálogo cierra con un paralelismo con el antes citado soneto:

¿Habrà mayor sandez que incomodarse porque un Europeo dice que los melocotones de acá no pueden compararse con los de Aragón, que las peras de Toro son mejores que las de San Ángel, y que las verduras de México no tienen la sustancia que las de Castilla? Porque a éste no gusta la chirimoya, y porque aquél haga asco del zapote negro, de la granadita y del pulque, ¿por eso lo hemos de calificar de nuestro enemigo? ¿Y no probar el atole, las tortillas, ni los tamales ha de ser luego señal de que no ama a los Americanos?

La intención de este erudito de llegar a un público amplio, al usar el diálogo, un lenguaje popular asequible a todo el mundo; la insistencia en esta rivalidad entre criollos y españoles, me hace suponer que ésta iba más allá del imaginario colectivo y tenía un fundamento en la realidad.

La guerra de Independencia, sin duda alguna, radicalizó el conflicto entre criollos y españoles. José María Luis Mora señaló en su obra que una multitud de escritores de poca instrucción, durante ese período se dedicó a propagar fábulas con el objetivo de aumentar el odio hacia los españoles. Según Mora, este odio, desde un principio de la revolución de Hidalgo, se generalizó hasta convertirse en un sentimiento popular.

El escritor liberal, al parecer, quiere demostrar que este sentimiento fue sólo obra de una propaganda interesada. Sin embargo, páginas adelante reconoce la barbarie que se vivió en esta guerra, que indudablemente contribuyó al mayor distanciamiento entre criollos y españoles: “La monotonía de sitios y batallas, sorpresas y derrotas que todas se parecen unas a otras; las ejecuciones repetidas entre los prisioneros que se hacían por ambas partes; la sangre que se derramaba a torrentes, y la superficie toda del suelo mexicano convertido en un solo campo de batalla, que presentaba en todos sus puntos el aspecto de la desolación más completa, lo mismo que la muerte dada y recibida sin descanso ni intermisión...”

El Dr. Landavazo analiza cómo el movimiento de Iturbide, con el *Plan de Iguala* y los *Tratados de Córdoba*, llega a conciliar a los diferentes intereses para lograr la consumación de la Independencia. El *Plan de Iguala* resuscita la figura de Fernando VII, a quien se invita a ocupar el trono del Imperio mexicano. Los *Tratados de Córdoba* ofrecían también garantías a los españoles, tanto si decidían quedarse en la nueva nación o emigrar a España. Sin embargo, algo había cambiado entre el *Plan de Iguala*, 24 de febrero, y el *Acta de Independencia* del 28 de septiembre de 1821. El *Plan de Iguala* decía: “Trescientos años hace la América Septentrional de estar bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima.” El *Acta de Independencia* no tenía ya esta visión tan positiva de la madre patria: “La Nación Mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.” Ni siquiera el promotor de la unidad entre españoles y mexicanos dejó de señalar, en un documento tan trascendental como el *Acta de Independencia*, las quejas del criollismo resentido.

Entre finales de 1821 y principios de 1822, las Cortes españolas y Fernando VII desconocieron los Tratados de Córdoba. Las relaciones entre México y España y entre mexicanos y españoles entrarían en su época más conflictiva. Paralelamente, como lo explica el profesor Landavazo, la imagen de Fernando VII en el imaginario colectivo terminaría por esfumarse —a Dios gracias, agregaría yo. Los grupos políticos definirían sus posiciones a partir de 1822. Un elemento sustancial de esa definición estaría en la posición respecto a los españoles y a España. La coronación de Iturbide, en mayo de 1822, aclararía las posiciones políticas. El principal grupo de oposición al emperador lo sería el partido borbonista, que seguiría pensando en la monarquía con un miembro de la casa real española. Su oposición a Iturbide sería sin concesiones y contribuiría sustancialmente a la caída del emperador en abril de 1823. Los iturbidistas jamás perdonarían la acción de los borbonistas en contra del caudillo. Es bien sabido también, que un buen número de los borbonistas estaban asociados a la logia masónica del rito escocés.

La caída de Iturbide llevó a un realineamiento de los grupos políticos. Nadie se atrevería a invocar la monarquía como forma de gobierno. Todos se convirtieron de alguna forma en republicanos, aunque divididos en diferentes proyectos. Un nuevo congreso dominado por los federalistas y apoyado por las provincias más importantes empezaría a funcionar a finales de 1823. Parecía que el antihispanismo quedaba relegado a un segundo plano en las mentes de los políticos.

Sin embargo, cuando todo entraba en un proceso pacífico hubo una revolución en Cuernavaca en contra de los españoles, y el 23 de enero de 1824 un levantamiento del general José María Lobato que puso en conmoción a la ciudad de México y a las autoridades. El *Plan* de Lobato pedía la remoción del Poder Ejecutivo y la destitución de los españoles de sus empleos. El gobierno pudo controlar el movimiento de Lobato y el Congreso siguió redactando la Constitución federal, pero a raíz de dicho movimiento el tema de los españoles entró de lleno en la arena política. Los españoles no tendrían un momento de respiro sino hasta el año de 1836.

Los años de 1825 y 1826 han sido definidos por la Dra. Josefina Vázquez como los de la ‘buena voluntad’. El sistema federal comenzaba a funcionar y todos cooperaban a ello. Sin embargo, en septiembre de 1825 se fundó la logia masónica del rito de York para contrapesar la influencia de la logia

escocesa. A esta nueva logia acudieron los liberales de ideas más radicales y un buen número de los antiguos iturbidistas.

El partido yorkino incluyó en uno de sus postulados un fuerte antihispanismo que se manifestaría años más tarde en las leyes de expulsión. Este odio a los españoles era un factor muy manipulable, que podía influir en grupos más amplios de la sociedad: se decía que los españoles sólo habían traído desgracias a la nación y seguían ocupando puestos de influencia en el gobierno, en el ejército y contaban con un instrumento poderoso en la logia contraria de los escoceses. Aquí coincido totalmente con el Dr. Miguel Soto, cuando nos explica en su artículo cómo la prensa de la época, favorable a los yorkinos, participó ampliamente en darle una expresión nítida a un imaginario, que como hemos comentado, existía en estado latente desde muchos años atrás.

Los yorkinos asaltaron los puestos en 1826. El Congreso para el bienio de 1827 y 1828 estaría dominado por ellos. Además, existía ya una opinión pública favorable a tomar medidas drásticas en contra de los españoles. Pasamos aquí del imaginario colectivo a las acciones concretas. Había terminado la era de la buena voluntad.

La absurda conspiración del padre Arenas fue un buen pretexto para destruir al rito escocés, castigar a los ejecutores de Iturbide, lanzar de sus puestos a los españoles y exigir la expulsión de los españoles en general. El 10 de mayo el Congreso sancionó una ley por la que los españoles perdían sus cargos o empleos de la administración pública, civil, militar y eclesiástica, a excepción de los obispos. En el receso del Congreso las cosas empeoraron, a partir de agosto se intensificaron las peticiones armadas por la expulsión, y la legislatura de Jalisco decretó la primera expulsión de españoles el 31 de agosto de 1827. Varias legislaturas estatales siguieron el camino de la de Jalisco y el Congreso nacional se vio 'forzado', a dar una ley general de expulsión. La ley fue sancionada el 20 de diciembre de 1827 y sólo contemplaba una expulsión parcial. El partido yorkino estaba triunfante y el escocés se sentía derrotado, sin quedarle más recurso que la asonada militar.

El año siguiente, el país se precipitó a la ruina. La elección a la presidencia, ganada por Manuel Gómez Pedraza, no fue respetada y el motín de la Acordada terminó con el orden constitucional del país. El Congreso anuló la elección de Gómez Pedraza y validó la elección de Vicente Guerrero, pasando por alto la Constitución. Como lo señala acertadamente el Dr. Soto en su artículo, el motín de la Acordada tuvo tintes antihispanistas muy fuertes.

Los yorkinos tocaron un fibra muy sensible. El asalto al Parián, donde se encontraba el poder económico de los comerciantes españoles, fue una lección que los políticos de aquella época tuvieron siempre en sus mentes. ¿Con qué facilidad se podía movilizar a las masas para fines políticos utilizando los imaginarios adecuados?

Después de la Acordada el problema seguía vigente, la opinión pública pedía ahora una expulsión general de españoles. Los yorkinos pensaban que había llegado el momento de generalizar la expulsión y la estrategia que les convenía era pasar la ley antes de que Guerrero tomara la presidencia el 1 de abril, ya que cualquier ley de proscripción es conflictiva y desprestigia a los que la elaboran. La ley fue sancionada el 20 de marzo de 1829, en los últimos días del caótico gobierno de Guadalupe Victoria. Esta ley era menos flexible y más general que la de 1827. Sin embargo, las condiciones políticas de marzo-abril de 1829 no permitían hacer una aplicación rigurosa. El Congreso sancionó el 21 de abril una aclaración a la ley de expulsión de españoles. Por ella, a los españoles exceptuados por cualquiera de las dos cámaras no les correría el término para salir del país determinado por la ley. Los estudios del profesor Harold Sims han demostrado que un buen número de españoles lograron permanecer en el país, a pesar de esta ley.

La invasión de Isidro Barradas, que zarpó de Cuba el 5 de julio y capituló en Tampico el 11 de septiembre de 1829, llevó a los dos países a su nivel de confrontación más abierta. El presidente Vicente Guerrero obtuvo facultades extraordinarias para enfrentar la invasión. Llama la atención, que el caudillo del Sur no utilizó estas facultades para empeorar la situación de los españoles residentes en el país. La explicación que podemos encontrar se encuentra en el hecho de que la situación política del país se había complicado, y al parecer los grupos opositores a los yorkinos y posiblemente sectores de la sociedad pensaban que el grupo radical se había excedido en su política antihispanista.

Personas sensatas pensarían en este sentido. Carlos María de Bustamante, quién luchó con los insurgentes y sufrió persecución y años de prisión por el gobierno español se manifestó contrario a la expulsión en términos muy lógicos. Diría el Congreso: “¿Qué es lo que forma esencialmente la felicidad de los pueblos? Es sin duda su mayor población de gente útil, rica, laboriosa, principalmente cuando la extensión de su área es inmensa como la de la República mexicana. Luego la primera obligación de los gobernantes de este pueblo, deberá ser fomentar lo más posible esta población; y

si en vez de obrar de este modo la disminuye ¿no la destruye? Es claro que sí... He aquí lo que puntualmente sucederá con esta ley de expulsión que ahora discutimos como en adelante demostraré.”

La caída del gobierno de Vicente Guerrero llevó al poder a un grupo contrario a los yorkinos con un programa de orden y progreso. En la década de los años treinta, el tema español dejó de ser importante en el debate interno. El conflicto se desplazaría a los problemas de la Iglesia, del federalismo frente al centralismo y de la amenaza del expansionismo norteamericano. La muerte de Fernando VII en 1833, como lo refiere el profesor Landavazo abría una posibilidad de reconocimiento por parte del gobierno español. Por fin se sepultaba la imagen del ‘Deseado’ en la conciencia de los poquísimos mexicanos que la tuvieran.

El anhelado reconocimiento llegó en diciembre de 1836. No resisto la tentación de citar un bello pasaje del imponderable de D. Carlos María de Bustamante al conocer la noticia del reconocimiento español. En la sesión secreta del 1 de mayo de 1837 el Congreso aprobó, casi por unanimidad en todos los artículos, el *Tratado de Amistad y Paz* con el reino de España, celebrado el diciembre anterior. Al terminar la votación, Bustamante con lágrimas en los ojos dijo lo siguiente: “Doy gracias al cielo porque me ha dejado llegar a este fausto día y porque su Providencia me ha conservado para que sobreviva a este grande acontecimiento. ¡Qué pocos han logrado esa dicha! Yo vi comenzar la revolución y la he visto concluir...”

Felicito a los autores que participaron en la elaboración de este libro, y especialmente a los coordinadores Raúl Figueroa Esquer y Agustín Sánchez. Nuestra relación con la madre patria debería de ser prioritaria en el presente. Nuestro acercamiento a la historia nos permitirá en el futuro superar los imaginarios que hemos construido a lo largo de los siglos, la mayoría de ellos muy alejados de la realidad. Esto servirá para llevar una relación más madura con España y con los españoles. Muchas gracias.

REYNALDO SORDO CEDEÑO

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM